

CHRISTINE LAGARDE

Atreverse a ser diferentes

Las tres claves para el
empoderamiento de la mujer

Discurso principal

National Democratic Institute

Washington, DC • 19 de mayo de 2014



La Directora Gerente del Fondo Monetario Internacional, Christine Lagarde, pronunció este discurso en el National Democratic Institute durante el almuerzo en honor a Madeleine K. Albright, en la ciudad de Washington el día 19 de mayo de 2014.

Copyright © 2014
Fondo Monetario Internacional
Washington, D.C. 20090, EE.UU.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-1-49837-528-3

Sírvase solicitar esta edición a:
International Monetary Fund, Publications Services
P.O. Box 92780, Washington, D.C., 20090, EE.UU.
Tel. (202) 623-7430 Fax: (202) 623-7201
Correo electrónico: publications@imf.org
www.imfbookstore.org
www.elibrary.imf.org

Me alegro mucho de encontrarme entre amigas y almas gemelas. El National Democratic Institute es un ferviente defensor de la plena participación de la mujer en la vida de las naciones. Las admiro... las aplaudo... las apoyo.

Desearía comenzar expresando mi agradecimiento a Madeleine Albright, una gran servidora de la nación, una gran inspiración para todas nosotras y para mí personalmente. Desearía agradecer también a Kenneth Wollack, Presidente del National Democratic Institute, y a la talentosa Claire Shipman.

No puedo dejar de hacer mención a la maravillosa organización a la que rendimos homenaje hoy, Aswat Nisaa, y su Presidenta, Ikram Ben Saïd. Este grupo está haciendo un trabajo excepcional en Túnez para promover la igualdad de género y el liderazgo femenino, que espero sirva de modelo para los países vecinos y el mundo entero. El mundo necesita más gente que haga lo que están haciendo ustedes.

Quiero comenzar con una anécdota, una adivinanza bien conocida. Un niño sufre un accidente en la calle y de inmediato lo llevan al hospital para operarlo de urgencia.

En el medio del caos y el ajetreo típicos de un hospital, entra al quirófano con paso firme el cirujano por excelencia: rebosante de confianza y autoridad, alguien que sabe instintivamente cómo tomar las riendas.

Pero este distinguido cirujano mira al paciente, da un grito ahogado y dice: “No lo puedo operar... es mi hijo”.

Efectivamente, el niño es hijo del cirujano. Pero el cirujano no es el padre. Entonces, ¿quién es el cirujano?

Sé que todas ustedes saben la respuesta sin tener que pensarlo. Es sencilla: el cirujano es una mujer... es la madre del niño.

Pero también sé que hay mucha gente preparada y entendida —incluso *mujeres* preparadas y entendidas— a quienes la respuesta no les salta a la vista. Le dan mil vueltas, y responden que es el tío, el abuelo, el padrastro... cosas que realmente no tienen mucho sentido.

En última instancia, atreverse a ser diferentes significa abrir la puerta a la contribución de la mujer, a través de la *educación, del trabajo y del liderazgo.*

Lamentablemente, ese es el quid de la cuestión. Cuando tenemos que imaginarnos a la mujer en un puesto de poder, muy a menudo nos ennegrecen los dardos de la mente, nos infectan esos gusanillos mentales malignos que nos ahogan en los prejuicios del pasado.

Ustedes esto lo saben. Es contra lo que ustedes luchan día tras día, en el mundo entero. Y porque sabemos que es perjudicial para la economía internacional, es un tema al que le está prestando atención el FMI.

Mi mensaje es sencillo: tenemos que enfocar la participación económica de la mujer con una mentalidad digna del siglo XXI. Tenemos que desembarazarnos del detrito que representa esta arraigada desigualdad de género.

Como suelo decir, tenemos que “atrevernos a ser diferentes”, y eso significa correr riesgos, alejarnos de lo conocido, dejar que la esperanza extinga el temor y que el coraje pueda más que la timidez.

En última instancia, atreverse a ser diferentes significa abrir la puerta a la contribución de la mujer, a través de la *educación*, del *trabajo* y del *liderazgo*, las tres claves del empoderamiento femenino. Permítanme abordarlas individualmente.

■ Educación

Comenzaré por la *educación*, con lo cual me refiero a la importancia primordial de la educación de la mujer, el cimiento indispensable para todo.

La educación sirve tanto de ascensor como de trampolín. Le permite a la gente ir cada vez más alto y derribar las barreras que los mantiene separados. En su máxima expresión, rompe las cadenas de la exclusión y la estrechez de miras.

Si pensamos en la vida como una larga carrera, la educación es lo que da el entrenamiento, el alimento y el soporte. Sin una educación de buena calidad, antes de acercarse a la línea de partida ya se está en grave desventaja.

La educación siempre ha sido el gran sendero hacia la oportunidad. Fue en parte gracias a su innovadora política educativa que Estados Unidos se erigió como líder económico durante el siglo XX, y la igualdad de género fue un componente crucial de esa estrategia.

Ahora que nos enfrentamos a los grandes retos del siglo XXI, debemos continuar apostando a la educación, especialmente para la mujer. En esto, aún estamos atrasados. Por ejemplo, aunque el 41% de los doctorados en ciencias e

“Mi mensaje es sencillo: tenemos que enfocar la participación económica de la mujer con una mentalidad digna del siglo XXI.”

“...la inversión en educación es especialmente crucial en los países en desarrollo, donde las niñas y las mujeres pueden hacer aportes enormes.”

ingeniería los reciben mujeres aquí en Estados Unidos, menos de una cuarta parte de la fuerza laboral dedicada a ciencia, tecnología, ingeniería y matemática es femenina. Esta es una situación que podemos y debemos mejorar.

Pero la inversión en educación es especialmente crucial en los países en desarrollo, donde las niñas y las mujeres pueden hacer aportes enormes.

El beneficio para las niñas es sustancial. Un estudio sugiere que un año extra de escolarización primaria incrementa las posibilidades de ingreso en 10–20%, y un año extra de escolarización secundaria, en 25%.

En última instancia, si a la mujer le va bien, a la sociedad le va mejor. Un estudio de 60 países en desarrollo estimó que la pérdida económica que implica no educar a las niñas al mismo nivel que a los varones ascendía a US\$90.000 millones por año.

Hay más probabilidades de que la mujer invierta los recursos en salud y educación, creando un fuerte efecto dominó que se extiende por toda la sociedad y entre las generaciones. Un estudio sugiere que así invierte la mujer hasta 90% de su ingreso, en comparación con apenas 30–40% en el caso del hombre.

Un viejo proverbio africano dice: “Si instruimos a un niño, preparamos a un hombre. Si instruimos a una mujer, preparamos a toda la aldea”.

Así que debemos ser las abanderadas de la educación de la mujer. La educación de la mujer no es una amenaza, es una bendición. Debemos transformarla en una prioridad internacional porque es uno de los ideales más importantes de los tiempos en que vivimos.

Esa es la razón por la cual niñas como Malala Yousafzai de Pakistán, que les hizo frente a los asesinos talibanes para exigir el derecho a la educación, son dignas de admiración.

Esa es la razón por la cual grupos como Boko Haram en Nigeria, que raptan niñas que simplemente desean ir a la escuela y las venden como esclavas, son dignos de desprecio; habría que encontrar a estos grupos y enviarlos a la escuela de por vida.

En lo profundo, las acciones de Boko Haram representan la antítesis total de los valores que encarna la educación, porque privan de dignidad al ser humano, en tanto que la educación eleva, nutre y ennoblece el espíritu.

Así que sumemos nuestras voces a las voces del mundo, y no dejemos de clamar: devuelvan a nuestras niñas, devuelvan a nuestras niñas. Respeten a nuestras niñas.

■ Trabajo

Desearía pasar ahora al tema que sigue a la educación: el *trabajo*. Dejar que la mujer florezca y haga realidad su verdadero potencial en el mundo laboral.

Las mujeres integran la mitad de la población mundial, pero mucho menos de la mitad de la actividad económica medida.

Hoy, hay alrededor de 865 millones de mujeres en el mundo entero que podrían contribuir más; prácticamente un “millardo bloqueado”.

En todas partes del mundo, el hombre participa más que la mujer. Estas disparidades de género van de 12% en las economías de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) a 50% en Oriente Medio y Norte de África.

Cuando las mujeres participan, tienden a estar atrapadas en puestos de trabajo poco reconocidos y poco remunerados. A nivel internacional, la mujer gana solo tres cuartas partes de lo que gana el hombre, incluso con el mismo nivel educativo y en la misma profesión. El mismo sueldo por el mismo trabajo, ¿no es acaso una de las normas de justicia más básicas?

Las mujeres también están sobrerrepresentadas en el sector informal de la economía: desprotegidas, en ocupaciones no calificadas, con un ingreso inestable.

Demasiadas veces, acarrean la carga de trabajo no remunerada, no observada, no declarada... no apreciada. Las mujeres del mundo entero dedican el doble de tiempo que los hombres a tareas domésticas y cuatro veces más al cuidado de los niños.

En vista de esta realidad descarnada, no es sorprendente que las niñas y las mujeres sean las principales víctimas de la indigencia en el mundo de hoy. Representan un 70% de las mil millones de personas que intentan sobrevivir con menos de un dólar al día. Son las primeras en sucumbir a la crisis económica.

No podemos quedarnos cruzados de brazos. Hay demasiadas mujeres que la sociedad pierde de vista, o cuyos talentos desperdicia, o que sobreexplota. Se trata de un imperativo moral, y también de un imperativo económico. Los hechos están a la vista: cuando la mujer contribuye más, la economía funciona mejor.

El FMI ha hecho estudios al respecto. Sabemos que eliminando las disparidades de género en la participación económica, puede dar un gran salto el ingreso per cápita, nuestro indicador crucial del bienestar económico. Los beneficios se pueden apreciar en todos lados, pero son especialmente notables en regiones como Oriente Medio y Norte de África (27%) y Asia meridional (23%).

No olvidemos que la mujer es la que controla el gasto, y origina más de 70% del gasto de consumo mundial. Por eso, si lo que buscamos es incrementar el gasto y promover el crecimiento económico, tenemos que empoderar a la mujer como agente de la demanda agregada.

¿Cómo lograr que las mujeres participen más? En algunos casos, por la vía legislativa; por ejemplo, evitando que las leyes de propiedad y sucesión discriminen en contra de la mujer.

La política económica también puede ser un poderoso agente de cambio. En los países en desarrollo, la mejora de la situación de la mujer comienza con un mejor acceso a la atención de la salud y —por supuesto— a la enseñanza y la preparación. Significa brindarle a la mujer un acceso más amplio al crédito, de modo que pueda desembarazarse de la dependencia, y sembrar y cosechar los frutos de un futuro mejor.

Los hechos están a la vista: cuando la mujer contribuye más, la economía funciona mejor.

Para el FMI, se trata de un asunto serio. En los programas actuales, en el mundo entero, hacemos hincapié en preservar las redes de protección social, aun en las malas épocas. Los datos muestran que, entre los países en desarrollo, el gasto en salud y educación aumenta más rápido en los países con programas respaldados por el FMI.

También estamos estudiando la dimensión económica de la desigualdad y la marginación, y generalmente la que queda marginada es la mujer. Acabo de llegar de una conferencia en Amán sobre los países árabes en transición, y una de las principales conclusiones es que la región necesita una economía más inclusiva. Quiero reiterar mis felicitaciones a Aswat Nisaa —el homenajeado de hoy— por la excelente labor realizada para empoderar a la mujer a lo largo y a lo ancho de esta región.

Los países más ricos también tienen que colaborar en el ámbito laboral, nivelando el campo de juego. Necesitan más políticas que favorezcan a la mujer y a la familia. Políticas como licencia por maternidad y paternidad financiada con fondos públicos; cuidado infantil asequible y de alta calidad; tributación del ingreso individual, no familiar; créditos o beneficios tributarios para los trabajadores poco remunerados.

El FMI, por su parte, ha recomendado políticas encaminadas a incrementar la participación laboral femenina en países como Japón y Corea, donde la mujer podría ser más visible en el lugar de trabajo.

Nos consta que este tipo de política da resultado. Basta con mirar a Brasil: gracias a las políticas a favor de la familia y de los pobres, el país logró incrementar la participación de la mujer de 45% a 60% en dos décadas. Basta con mirar a Suecia: tiene una de las tasas de participación femenina más altas del mundo, en gran medida porque invierte fuertemente en el cuidado infantil y en la educación precoz, y concede importancia a la flexibilidad del trabajo y la licencia por maternidad y paternidad.

Naturalmente, no se trata solo de políticas. También es una cuestión de cultura, de cambiar la manera en que trabajamos y de eliminar la mentalidad machista que aún impera en los lugares de trabajo.

En lo que apoda el “último capítulo” de la convergencia de géneros, Claudia Goldin sostiene que la discrepancia de remuneración entre el hombre y la mujer podría desaparecer si las empresas dejaran de insistir en que la gente trabaje demasiadas horas. En otras palabras, si valoraran más la producción creativa que la presencia física. Esto ya ocurre en campos como la ciencia y la tecnología, pero en campos como la abogacía y las finanzas —en los que tengo experiencia personal— imperan todavía las viejas costumbres.

Es hora de completar ese último capítulo. No descansemos hasta no haber logrado una igualdad de género en el lugar de trabajo. La meta está a nuestro alcance si cooperamos con todos los hombres y las mujeres de buena voluntad.

■ Liderazgo

Eso me lleva a la tercera dimensión de la que quiero hablar. Ya hice referencia a la educación y al trabajo: el último eslabón de esta cadena es el *liderazgo*. Tenemos que permitir que la mujer llegue a lo más alto gracias a su capacidad y su talento innato.

Todas conocemos el problema: en todos los ámbitos laborales, cuanto más alto miramos, menos mujeres vemos.

Las estadísticas son penosas. En el mundo de los negocios, de las empresas que componen el índice Standard and Poor's 500, apenas 4% están dirigidas por mujeres. Además, como lo ha documentado este Instituto, la mujer ocupa solo una quinta parte de los escaños parlamentarios en todo el mundo. Menos de 10% de los países están conducidos por mujeres.

Pero lo más irónico es que cuando la mujer tiene oportunidad de liderar, en realidad lidera mejor. Los datos lo confirman ampliamente. Por ejemplo, según un estudio, las empresas Fortune 500 que más mujeres ascienden a puestos importantes son 18–69% más rentables que la mediana.

También es mucho menos probable que las mujeres asuman riesgos con la imprudencia que hizo estallar la crisis financiera internacional. Por ejemplo, un experimento realizado con empresas de inversión en la década de 1990 muestra que los hombres operan en bolsa 45% más que las mujeres y tienen más probabilidades de perder a lo grande.

¿Es realmente una coincidencia que mientras los hombres abogaban por el riesgo fueron las mujeres las que más se preocuparon por los excesos del sector financiero y la falta de conducta antes de la crisis? Me refiero a mujeres como Sheila Bair, Brooksley Born, Janet Yellen y Elizabeth Warren. Muy a menudo, nadie les hizo caso, pero resultó que tenían razón.

También sabemos que las mujeres son buenas administradoras y buenas líderes en momentos de crisis. Por ejemplo, un estudio de más de 7.000 dirigentes mostró que la mujer se desempeña mejor en 12 de 16 aptitudes en 12 de 15 sectores. Otro estudio muestra que a menudo se recurre a mujeres para intervenir en empresas y salvarlas de graves problemas, aunque también tienen más probabilidades de ser despedidas de esos cargos, supuestamente por el riesgo que se corrió al contratarlas.

“Tenemos que poner fin a la idea de que el rigor es producto de la testosterona y que ser riguroso es lo más importante.”

...cuando la mujer tiene oportunidad de liderar, en realidad lidera mejor.

Nada de esto las sorprende a ustedes, y ciertamente no me sorprende a mí. Sabemos que las mujeres se inclinan en mayor medida por tomar decisiones basadas en el consenso, la inclusión, la compasión y el interés en la sostenibilidad a largo plazo. Se nutren de profundas vetas de sabiduría, de la tenacidad adquirida tras una vida tempestuosa llena de aflicciones.

Como dice uno de mis héroes, Daw Aung San Suu Kyi, el empoderamiento de la mujer “inevitablemente conducirá a una vida más humanitaria, tolerante, justa y pacífica para todos”.

Nuevamente, el verdadero cambio debe comenzar por un cambio de actitud. Tenemos que poner fin a la idea de que el rigor es producto de la testosterona y que ser riguroso es lo más importante.

Muchas veces, no es más que una cuestión de confianza. Lo que frena a la mujer no es la capacidad, que muchas veces tiene; sino la confianza, que muchas veces falta. Mientras ascienden hombres poco calificados y poco preparados, hay mujeres demasiado calificadas y demasiado preparadas que se esconden en las sombras, dudando de su capacidad, exigiéndose un grado de perfección imposible de lograr.

Esto tiene que cambiar. ¿Cómo? Aplastando esos desagradables gusanillos mentales que nos embotan los sentimientos y las sensibilidades. Cambiando de mentalidad y cambiando de relato.

Con el tiempo, me he convencido de que se debe recurrir a las metas y cupos en materia de género. La montaña es demasiado empinada como para ascender sin un poquito de ayuda. Tenemos que forzar el cambio o nos quedaremos empantanadas en la comodidad de la autocomplacencia.

También creo fervientemente en los mentores y los modelos. En encuesta tras encuesta, la mujer afirma que ese es el peor impedimento al progreso. Tenemos que cuidarnos las unas a las otras.

En última instancia, aspiro a un mundo en el que la mujer grite a los cuatro vientos que cree en sí misma, en el que desborde de seguridad, en el que haga oír su voz desde la cúspide del poder.

“Si nos atrevemos a ser diferentes,
la diferencia será positiva.”

■ Conclusión

Permítanme cerrar con una cita de Sylvia Plath: “El mañana es nuestro, el mundo heredaremos. Estamos a un paso”.

No cabe duda de que hemos avanzado mucho hacia la igualdad de género. Pero aunque estemos a un paso, todavía seguimos a la intemperie, y hace frío.

Es hora de hacer realidad la promesa y crear un mundo en el que cada niña en cada rincón de cada continente pueda vivir al máximo su potencial sin trabas y sin prejuicios. Tenemos

que asegurarnos de que nadie vaya a dudar nunca, ni siquiera un instante, de que una mujer puede ser una cirujana de primera o, para el caso, líder en cualquier campo que elija.

Si nos atrevemos a ser diferentes, la diferencia será positiva.

Muchas gracias.



Christine Lagarde

Nacida en París en 1956, Christine Lagarde cursó sus estudios secundarios en Le Havre y estudió en la Escuela Holton-Arms de Bethesda (Maryland, EE.UU.). Posteriormente se graduó en Derecho en la Universidad de París X, y obtuvo una Maestría en el Instituto de Ciencias Políticas de Aix-en-Provence.

Tras ingresar en el Colegio de Abogados de París, Christine Lagarde se incorporó como asociada al estudio jurídico internacional Baker & McKenzie, especializándose en derecho laboral, competencia y fusiones y adquisiciones. Integró el Comité Ejecutivo de esta empresa en 1995, se convirtió en Presidenta del Comité Ejecutivo Mundial de Baker & McKenzie en 1999, y posteriormente en Presidenta del Comité Estratégico Mundial en 2004.

Fue nombrada Ministra de Comercio Exterior de Francia en junio de 2005. Después de ocupar brevemente el cargo de Ministra de Agricultura y Pesca, en junio de 2007 fue la primera mujer en ocupar el cargo de Ministra de Economía y Finanzas de un país del G-7. Entre julio y diciembre de 2008, también presidió el Consejo ECOFIN, integrado por los Ministros de Economía y Finanzas de la Unión Europea.

Como miembro del G-20, Christine Lagarde participó en la gestión de la crisis financiera, contribuyendo a promover políticas internacionales relacionadas con la supervisión y la regulación financiera y reforzar la gobernanza económica mundial. Como Presidenta del G-20 cuando Francia ocupó la Presidencia de este grupo en el año 2011, puso en marcha una amplia agenda de trabajo sobre la reforma del sistema monetario internacional.

En julio de 2011 Christine Lagarde se convirtió en la undécima Directora Gerente del Fondo Monetario Internacional, y en la primera mujer en ocupar ese cargo.

En abril de 2012 Lagarde fue condecorada con el grado de Oficial en la Legión de Honor de Francia.

Lagarde fue miembro del equipo nacional francés de natación sincronizada y tiene dos hijos.



ISBN-13: 978-1-49837-528-3



9 781498 375283